

# LA PILDORA.

MEDICINA NACIONAL PROPINADA AL PÚBLICO.

SE ADMINISTRA SEMANALMENTE.

¿Quién me compra?

Aunque hoy los hombres están muy baratos, espero que no faltará un desesperado que por curiosidad siquiera me dé unos cuartos para oírme decir unas cuantas verdades; pero verdades más auténticas que un peso español.

Y que quiera venderme, nadie lo extrañe. Yo procedo con más franqueza que otros que deseando venderse encubren un hábil regateo bajo una capa de *dignidad*, con el objeto de hacerse pagar más caros.

Conque al avío; estoy de venta, y eso que no soy ni cura fanático que venda una *salvación* por unos reales, ni moderado encubierto; ni unionista omnívoro, ni progresista charanguero; ni siquiera demócrata hasta cierta *coma*, á lo Martos ó Rivero.

Mis principios son.... ya lo saben VV: mis fines ya los veremos, si no cegamos.

Natural es en este país clásico de la fórmula, del expediente y de la ortodoxia académica el que se empiece toda obra con un principio.

No abrais la boca, famélicos devotos de santa Nómima, héroes improvisados de ayer al oír la palabra *principio*. Este principio es simplemente el comienzo de un papel impreso que trae á esta tierra de sordos la ingrata misión de hacerse oír. Este comienzo es lo que en el calor político-equilibrista se llama un *programa*.

¿Programas...? ¡puff!

¿Quién no ha hecho media docena?

¿Qué hombre público, *traviato* como quien dice, no ha confeccionado unos cuantos, todos ellos distintos y con un solo objeto constante?

Programas, reclamos, anuncios de píldoras de eterna vida, prospectos de repoblación de calvas, bombos á la virtud, encantos físicos, y más ó menos morales, de surripantas.... todos son una misma cosa.

Si alguna idea preside á la redacción de un programa, es la de hacer todo lo contrario de lo ofrecido.

¿A qué, pues, harémos un programa más?

Si damos gusto al público y la edición se vende, ¿qué mejor debut?

Y en todo caso, ¿no tenemos bastante para farsa con el programa de Manzanares.... y otros manifiestos célebres?

¿Se ha hecho una revolución? No. ¿Pues qué se ha hecho?

Lo siguiente:

Se ha derrocado el trono de Isabel de Borbon para levantar el trono... ¡tal vez de esa misma Isabel!

Se han sustituido los antiguos empleados por otros que no cobran ménos que aquellos.

Se ha expulsado á unos cuantos frailes, y seguimos como por lo pasado pagando el clero, que nos cuesta doscientos millones.

Nuestras relaciones con Roma no se han interrumpido. Con Roma, ¿lo entendéis? es decir, con el Papa, el poder teocrático que reasume todos los poderes despóticos; ese poder funesto, rémora de la civilización, que se cacia por su propio peso si todas las naciones le volvieran la espalda, cosa que ha podido hacer esta que hemos

dado en llamar revolución española, dando el ejemplo al mundo. Y no lo ha hecho.

Se ha conservado todo el ejército, que nos cuesta un dineral, tal y conforme estaba, dando á todos nuevos grados y empleos; falta gravísima, sobre todo cuando se desea que ese ejército no tome ya parte en las contiendas civiles.

Como los pasados gobiernos despilfarradores, hemos subvencionado los ferro-carriles. Señor Figuerola, ¿cómo ha consentido V. esto?

El decreto sobre derecho de reunión es fatal. El decreto sobre la libertad de enseñanza, podría sin duda alguna ser mejor.

No se han abolido las quintas.

Se considera á un español útil para pagar contribución á los 14 años, para servir á la patria á los 20; y hasta los 25 no es ciudadano, ó al menos no tiene los derechos de tal.

Todos gritan diciendo que han hecho la revolución; y todos piden grados, empleos, títulos ó condecoraciones. En tanto, el país paga, y ellos aceptan *generosamente*, y siguen aturdiéndonos los oídos con que lo han hecho todo....

Pregunto: ¿para quién? ¿para la nación? Convenido: mas ya que tanto patriotismo tepeis, no trateis de cobrar tan pronto vuestros servicios: la nación agradecida os lo pagará... más tarde. Pero ya no es posible; creo que todos habeis cobrado. Sin embargo, y me complazco en reconocerlo, aunque muy escasas, hay honrosísimas excepciones. En cambio ¿cuántos no cobran 20, 30, 40, 50 y hasta qué se yo cuántos miles de reales! Pero ¿qué coméis? ¡vive Cristo! cuando hay quien se muere de hambre: cuando la nación tiene que hacer un empréstito de dos mil millones!

¿Y decís que habeis hecho una revolución? O estais locos ó nos creéis estúpidos. ¿Una revolución! ¿De qué? ¿De empleados? Eso lo hacia cualquiera de los gobiernos anteriores.

Habeis derrocado el trono, es cierto; y esto nos salvará. Pero queréis levantar otro; y eso nos perderá.

Militábais en distintos partidos; hoy os unís y gritais: ¡unión! Muy bien. Pero ¿no veis que esa unión la haceis imposible? Pedis despues concesiones, pero vosotros no haceis ninguna; el pueblo las hace todas.

¿No queréis la libertad en todas sus manifestaciones? Si, sin duda alguna. Pues entonces ¿quién tiene que hacer concesiones aquí? Nadie. Marchemos, pues, acordes. Pero si no sois revolucionarios, si no queréis la libertad, á vosotros os toca hacer concesiones ó dejar el puesto. El pueblo no las puede hacer, porque para hacerlas tendria que mermar sus derechos; y el pueblo no puede querer, ni consentir siquiera, que alguno le pida concesiones; es decir, trozos de sus derechos, pedazos de sus libertades. El pueblo lo es todo, el pueblo es soberano; y ningún hombre, por ilustre que sea, puede decir al pueblo: esto te doy y esto me guardo.

¿Qué más se ha hecho? Reconocer los empleos dados por el implacable gobierno anterior. Los capitanes generales que han combatido á la revolución, siguen cobrando sus pingües sueldos, siguen siendo capitanes generales; y no reconozco más que uno digno de ello, porque luchó lealmente, y vencido buscó la muerte, para no sobrevivir á su derrota. Los corazones valerosos

son dignos del respeto de sus mismos enemigos: así como los cobardes sólo merecen el desprecio de todo el mundo.

¿Qué más se ha hecho? ¡Qué más! Se ha cometido la falta de siempre; esa culpa tan grande que sólo hay otra mayor que ella: *Se ha tenido miedo á la Libertad!*

¡Qué gran cosa es la política!

Ella agita al mundo; causa tercianas á los reyes, da hambre al pueblo y, ¿qué más? hace gé-nios á los hombres.

La política es el *barato* social de todo el que es gobierno, espera serlo ó se acuerda que lo ha sido.

Y como no hay ciudadano que no se crea muy nacido y muy apropiado para ministro, todos los ciudadanos se ocupan de política.

En esta universal diversion los más trabajan para los ménos, y como sucede en todas las especulaciones de la vida, el que saca la castaña de las ascuas se quema y da tiempo á que el más prudente gastrónomo se la coma.

La política deja más pobres á los pobres, eleva á los miserables, engalana á los estúpidos, alimenta á los zánganos, envenena las religiones, hace siervos á los hombres, señores á los abortos de la humanidad, consagra á los indignos, enseña á doblar el cuello ante los reyes y á dejársele estrujar en la argolla del garrote.

La política es el ser hermafrodita fecundo, que provoca absurdos, crímenes, infamias y villanías.

La política obliga á hacer el oso á quien la ama, prodiga sus favores á quien pretende prostituir. Tiene, pues, condiciones de ramera.

Ella inventó las *circunstancias*, que son la tiranía; la legislación decretada, que es la arbitrariedad; y los derechos de las instituciones, que son el falseamiento del derecho humano. Aquellos tienen por base el egoísmo sostenido por las bayonetas; ésta reposa firmemente en la justicia.

La política hace héroes á los que ayer eran traidores, y en su delirante carrera á través de los hombres sólo consume un acto de justicia: el derribar los fantasmas que ella propia creó para abandonarlos en medio del fango al desprecio público.

La política da vida á un país con la sangre de sus ciudadanos, y sólo sería justa cuando lavara esa sangre con la del traidor.—Esto nunca lo hace la política, que es jesuitica y aristócrata: lo hace el pueblo, que es puritano y siente la triste, pero elocuente misión del sacrificador.

La política que alienta al ciudadano y le despierta de un letargo, le da también el ¡alto! como arrepentida del impulso de su carrera.

La política es el arma de los tiranos, y cuando alguno de éstos, vencido, la arroja, el pueblo nunca la recoge. El pueblo es exageradamente noble y detesta las armas villanas.

Pero el arma no queda abandonada. En ciertas clases hay siempre bastante egoísmo, bastante ambición indigna para considerar la posesión del arma arrojada como una adquisición de supremo valor.

Y los unos la blanden en la tribuna y los otros en la ley; todos para zurcir creaciones incomprendibles como los augurios de la Sibila; todos

para medrar, para llegar á fijar la atencion del mayor número, para reunir una suma bastante de fuerzas vivas ó una escala de cabezas por donde puedan trepar al pináculo de las posiciones.

La política es la lucha del sentimiento y del materialismo. Los ciudadanos la adoran como idea que han de traducir en hechos; los jefes de las naciones como hechos que destruyan las ideas.

La política, que es persuasion y enseñanza en el tribuno, es imposicion tiránica que embrutece en el que la proclama á tiros ó la predica vestido con muchos relumbrones que quieren decir: mi lógica es de veinte mil fusiles.

El pueblo que se levanta alentado por una idea política, combate y muere como un mártir, ó vencedor se retira como un héroe. Las altas personalidades combaten, llevando por mote en su escudo la misma idea: si son vencidos nunca perecen; si vencen reciben orgullosos los vítores y ayudan á tejer los laureles que han de coronarle. El mote del escudo le sustituyen con un blason heráldico.

De unos héroes á otros héroes hay la diferencia de Leónidas al conde de Chestre.

Ayer la política nos hizo grandes.

Hoy nos va guiando por el sendero de la rutina.

En este sendero aún se conservan las huellas de los opulentos carros de los cónsules pasados, humedecidas con la sangre del mártir.

Ayer el elemento popular vibraba; temblaban los infames; lloraban de emocion los bravos; oscilaban los poderes, y sin ley, sin autoridad, sin espadas ni brazos disciplinados que nos guiaran ni nos protegieran, era grande y bueno el pueblo; su nobleza era superior á su venganza.

Hoy constituimos un país monótono, árido, que tiene algo de caduco bajo su exterior recién enjalbegado, bastante de inseguro bajo las forzadas frases de alegría, y un mucho de siervo á pesar de los efluvios de libertad que, mezclada con el incienso de los aduladores, sale del supremo laboratorio político.

Ayer nos consultaban, se nos sometían con afectada humildad los que hoy nos conceden derechos que nos son muy propios; y de nuestro propio caudal de principios se nos regalaban algunos, con aire de generosidad y preteusiones al reconocimiento.

Ayer se nos consultaban programas y se mendigaba nuestra confianza, que consentimos en dar en delegacion. Hoy se nos declara bajo tutela y se nos pretende guiar como á menores de edad.

Hoy se nos llama ignorantes para menoscabar nuestros derechos, cuando ayer se nos reconocían en monton sin exámen ni desconfianza como á hombres maduros é inteligentes.

Hoy se nos regatea el poder, cuando ayer derrochábamos nuestra sangre y nuestra seguridad.

Hoy se nos quiere imponer un yugo á gusto de unos cuantos, cuando ayer nos hicieron sacudir otro yugo sólo porque á ellos no les cuadraba.

Hoy... hoy la política hace de las suyas, como dijimos antes.

El arma fatal quedó abandonada por los que huyeron; el pueblo no la recogió, por desprecio.....

El Gobierno actual se ha encargado de blanquearla despues de bruñirla de nuevo.

Ciudadano presidente del Gobierno Nacional: con el decoro que inspira su respetabilidad, hago presente mi cuita por si algo puedo alcanzar. Soy una incauta doncella que cuento no poca edad,

y aunque me hallo solterona bien pudiera ser mamá. Desengaños de los hombres he sufrido sin cesar, y sus serranas partidas me parten por la mitad. Hambriento, el hombre me mira, y como si fuera un pan diz que levanta en su pecho para mi culto un altar; yo, que soy mujer... y frágil, le concedo mi amistad, y en mi nombre llega á ser ó ministro ó general, y entonces en vano imploro, en vano con terco afán á su gratitud apelo, que aquel su amor ideal trocando en desden amargo ni una esperanza me dá.

General; tú, que olvidando á veces nuestra amistad ya querías fusilarme en nombre del sólo real, ya en ocasion has tomado mi nombre para alentar al pueblo, que es, bien lo sabes, mi platónico galan, por derribar ese trono que fué para tí un altar; hoy que al público me sacas, ten en cuenta mi orfandad y no me des pasaporte, que estoy escamada ya, al veros á los de Cádiz pensando sólo en tragar; en zurcir un régio manto; en echaros *hacia atrás* en poner gesto ceñudo á la hueste liberal; en proteger á la gente de bonete y balandran, y en transigir con el Papa, que es papa piramidal. Dile á Olózaga el patriarca que haga por dejarme en paz y se vaya al polo norte donde los osos están, para que les rece *salves* y los enseñe á llorar, que aquí ciertos equilibrios fuera del circo están mal.

No con leyes me sofoques, ni les des autoridad, á esos reyes de comparsa que mandan en Ultramar, pues si á fusilar empiezan en mi nombre... ¡ya verás!

Tal vez sordo á mis clamores ó indiferente, quizá de vana gloria embriagado sigues tu marcha triunfal..... no es raro, *quien hizo un cesto ciento ó más cestos hará.*

Mimbres tienes (soldaditos) tiempo de sobra tendrás..... la cuestion... es la cuestion... y tal vez hago muy mal en molestarte con ruegos que lo que ha de ser.... será.

Adios, pues, y no te apures; y sin ofrecerse más..... dá un besito al presupuesto, y siempre es tuya leal, la que en Cádiz abrazaste, como amiga:

LIBERTAD.

Igual por la elocuencia á Galiano es ese hombre que veis lleno de flema; ¡abajo los Borbones! fué su lema, y el pueblo le ayudó contra el tirano. Adivinar pretendo, pero en vano, porque es hoy con la Iglesia todo crema, pues esto me parece una pamema

digna de un diplomático ya cano.

Ayer contra la Sor y contra Roma, gastaba su elocuencia en el Congreso, mostrándonos las ruinas de Sodoma; Hoy defende á los neos con esceso: ¡decidme, vive Dios, si aquí no asoma la oreja... y algo más del retroceso?

¡Lo que hace el tiempo!

Cuando en las Cortes Constituyentes se puso á votacion la forma de gobierno que convenia á España, hubo algunos señores diputados que votaron por la república; entre ellos estaba D. Nicolás María Rivero. Hoy que se ha expulsado una dinastía, y que dicho señor es Alcalde popular (!!) de Madrid, ha suscrito un manifiesto en el que se hacen los más fervientes votos por la monarquía como forma de gobierno conveniente para los españoles.

¡Despues de esto, crea V. en la resurreccion de la carne, la vida perdurable y la infalibilidad del Papa, ó en los manifiestos de las entidades políticas de nuestro país!

Mi particular amigo Salmeron (D. Nicolás) pronunció un magnífico discurso, ininteligible para la inmensa mayoría de las personas á quien se dirigia, en la primera reunion democrática que se celebró en el circo de Rivas.

Me han asegurado que, admirados algunos amigos suyos de la sublimidad de los conceptos emitidos por el Sr. Salmeron (D. Nicolás), le dijeron:

¡Metafisico estais!

Es que no soy ministro, contestó Salmeron (D. Nicolás).

El capitán general de los ejércitos D. Juan Prim, ministro de la Guerra, recomienda á todos los jefes y oficiales del ejército, que tengan subordinacion y respeto á las ordenanzas militares.

De suponer es que esto no lo diga en serio el señor ministro, porque entonces seria preciso que diera el ejemplo mandándose fusilar, y seria una inmensa desgracia para el país la pérdida de tan ilustre caudillo.

Hablando del gobierno provisional la simpática *Iberia*, decia el otro dia: Napoleon I no supo hacer tanto; Wasington no hizo más.

Tiene razon la *Iberia*: Napoleon I, no supo ó no quiso acaparar todo el poder á las primeras de cambio; Wasington se retiró á la vida privada despues de emancipar á su país, lo cual es bastante menos que ser ministro.

En tiempos no muy remotos existian en nuestro país numerosas asociaciones voluntarias de hombres reglamentados, ocupando magníficos edificios costeados por el Estado ó adquiridos de limosna: su principal mision era consumir una considerable parte del trabajo de los españoles, que con más ó menos humildad pedia. A estos asociados se les llamaba frailes.

Se aperció el país de que, si bien no tomaban nada sin pedirlo antes, y á pesar de su *inofensividad* material, cada dia era más penosa para el español no asociado, la producción del trabajo necesario para la alimentacion de su familia, por la falta de brazos. Y en un momento de *inspiracion* destruyó aquellos ricos focos de la pobreza pública.

Hoy existe una asociacion numerosa y no voluntaria de hombres reglamentados, que ocupa numerosos y magníficos edificios costeados por el Estado; su principal mision es consumir la mayor parte del trabajo de los españoles, cuyo producto con más ó menos osadía se toma, y matar en buena ó mala lid á todo ciudadano que se queje de tan pesada carga, en otra forma que la aceptada por esta asociacion, que se llama ejército.

¿Necesitará el país de una nueva *inspiracion*?

Acabo de recibir un papelito que dice:  
«Españoles: Por plebiscito debemos constituir inmediatamente Gobierno, sin necesidad de recurrir á un golpe de Estado, tan inevitable ya como doloroso, votando para cubrir la vacante al trono al Excmo. Sr. D. Juan Prim y Prats, con el título de *Juan I, emperador.*»

Eso es poco; que le no abren también Papa, con tal que establezcan la silla pontifical en Timbuctú

Dice *El Pueblo*, periódico:  
«Debemos declarar que no merece nuestra aprobación la conducta de nuestros amigos políticos que se empeñan en prescindir y negar el título de democrata á los Sres. Rivero, Martos y Becerra...»

Esta declaración debe llenarnos de confusión, al vernos privados de la aprobación del periódico *soit dissant* democrático.

Por lo demás, á los dichos señores no se les debe negar ningún título. Estamos conformes.

El matemático señor Becerra se ha pasado al partido monárquico. Siempre he creído que era perjudicial el calcular mucho.

El abogado señor Martos también es monárquico; fué á defender la monarquía al circo de Madrid, y viendo que perdía el pleito marchó á otra parte con la... monarquía.

Así me gusta; las situaciones claras. No vayamos á elegir diputados realistas creyéndolos republicanos.

El señor Rivero, ¡ah! el señor Rivero es el alcalde popular.... según sus bandos. También monárquico. Conforme. ¡Pero popular! ¿por qué popular?

Acabo de ver un cartelito dirigido á los liberales, en que se formula claramente el deseo de una monarquía vitalicia, con protesta de abstenerse de votar en caso de no pronunciarse la reunión de alabarderos nacionales que firmaron el manifiesto, por dicha fórmula.

Estoy conforme con la idea de monarquía vitalicia, con tal que se nombre rey á cualquier caballero particular ó general, de quien se pruebe que está *in articulo mortis*.

Los funerales de un rey son siempre un motivo de regocijo para un pueblo, á quien no se deben escasear tan edificantes espectáculos.

La clase militar está exenta del pago del nuevo impuesto.

Esto, que á primera vista parece una anomalía, puede explicarse de una manera no muy satisfactoria para los militares.

Es así que el impuesto se cobra por *cada cabeza*; la exención de su pago implica la falta de *cabeza*....

¡Bah! en compensación se puede tener un sable.

El derecho de no pagar da á los individuos del ejército el derecho de votar.

Este derecho es un torcido que se explica en la circular del ministro de la Guerra.

Los militares no pueden asociarse ni hablar de política.

Y es muy natural; su deber es fusilar á los que se subleven, y monopolizar el derecho de sublevación.

Con el derecho de votar concedido por el Sufragio universal á los militares, el dicho Sufragio puede producir grandes resultados.

Negado el derecho de reunión para ellos, les queda el *comité cuartelero*.

Allí el jefe reúne al batallón, y dice:  
«¡Oficiales y soldados! Hay que votar por nuestro amado ministro, ó nuestro simpático Ca-

pitán general, ó nuestro querido gobernador....  
Vuestra libérrima opinión puede pronunciarse (sin armas) según vuestro deseo individual entre estos tres.—En nombre de la disciplina ¡votar!.... media vuelta! ¡arr! y ojo á la ordenanza.»  
El éxito de la votación es indudable.

La cuestión monárquica está sobre el tapete. El pueblo se escama; el Gobierno se reserva; los amantes de la revolución peroran, y los pseudo-demócratas pastelean al borde del comedero.

Prim escribe, *en confianza*, al director de un periódico francés, que el *bello ideal* del país es la monarquía....

El país se entera de la confidencial carta y se admira de ver formulado un bello ideal que no ha soñado como bello ni como ideal.

Desde que el Sr. Gonzalez (1) espresó gráficamente el bello ideal del pueblo, ideal que dicho señor estuvo á pique de realizar, el país no tiene otra idea que la de vivir bien y barato.

Ahora bien, si por un exceso de refinamiento los *gubernantes* se quieren permitir el lujo de una monarquía, bien pueden pagársela, que tengo para mí que los reyes han de andar baratitos y habrán de encontrarlos á menos precio que los conspiradores.

¡Oh grandes hombres, los del actual gobierno popular!

¡Cómo espresais claramente vuestro instinto liberal, vuestro amor platónico al país emancipado, aunque á veces mostréis algún resábido aristocrático, ó se os vea cabizbajos por no tener manos que besar, ni imágenes de carne plateada y dorada ante quienes doblar las rodillas!

¡Qué lástima es que las piernas y la cintura pierdan su habitual elasticidad, en el monótono papel de caudillos de un pueblo y no se ejerciten en la digna actitud del hombre que adora á otro hombre!

—D. Nicomedes, hágame Vd. el favor de ver si trae la *Gaceta* oficial de Madrid mi nombramiento para una embajada.

—Hombre, lo que es en la *Gaceta* no encuentro otra cosa que los discursos pronunciados por los que formaron la manifestación *nacional*.... (!!!) del día 15. ¡Qué quiere Vd!! La *Gaceta* es no solo el órgano oficial del Gobierno, sino el organillo de sus alabarderos.

Los periódicos ministeriales y los hombres de la situación no pierden ocasión de predicar en todos los tonos y en todas las formas inventadas por la oratoria, orden, unidad, olvido y especialmente, patriotismo y desprendimiento á fin de prestar al Gobierno provisional la fuerza moral de que tanta necesidad tiene, y sobre todo, el dinero que hoy necesita, entre otras cosas para cobrarse los sueldos de los destinos que como buenos amigos se han repartido.

Después de esto muy habieca ha de ser el que no distinga en nuestro país dos patriotismos completamente distintos, á saber: el de cobrar y el de pagar.

¿Por qué los patrioterros ministeriales no nos dan el ejemplo sirviendo al país gratis, elevándose con esta conducta casi á la altura del pueblo que le sirve pagando?

Recomiendo á los españoles el fondo y forma de la emisión del empréstito de 2.000 millones para que después de bien meditado el asunto se suscriban á tambor batiente por la mitad de sus fortunas.

Digo por la mitad, porque con el resto de seguro se suscribirán á otro que voy á emitir dando en garantía el reino de los cielos.

(1) El bravo, por mal nombre.

Cuanto más medito sobre el manifiesto del Gobierno provisional y los discursos pronunciados por los oradores de la reunión magna (¡¡ !!) del gran partido (sí señor, partido) liberal, más intensidad toma en mi mente el recuerdo de la compañía imperial japonesa que trabajaba en el circo de Rivas.

Y es el caso que no puedo leer los citados discursos y manifiesto sin crearme trasportado á dicho circo en el momento del sorprendente ejercicio llamado *banbu aéreo*.

Sin duda es debido este efecto á la semejanza que existe entre la armonía situacionera y la de la orquesta japonesa.

¿Qué pasa en la provincia de Badajoz?  
La respuesta la hallarán Vds. en un impreso colocado al público en todas las esquinas de Madrid.

Lo que pasa es sencillo: el elemento autoritario y absurdo se levanta tolerado si no patrocina por el Gobernador de la provincia.

Los medios son el atropello y la imposición. Los fines, el monopolio del mando y de la influencia oficial para producir candidaturas *convenientes*.

La máscara será el sufragio universal. A juzgar por esta muestra, la representación genuina y directa del país está asegurada.

Los firmantes ex-demócratas del manifiesto monárquico, dicen representar á su partido.

La audacia ó el orgullo de ciertos hombres al creerse resúmen viviente de todo un partido, me recuerda el dicho de aquel rey de Francia:

*El Estado soy yo.*  
Como se vé hay pretendidos tribunos populares que no se desdennan de parodiar mezquinamente al monarca más funesto.

LA PILDORA, que abriga la esperanza de ser ministerial alguna vez, y como ser ministerial sin subvención se tiene por muchos españoles como una inocentada, rogamos á la patriótica *Iberia* nos diga si con 80.000 duros anuales estaría bien pagada nuestra adhesión al ministerio.

Acudimos con esta súplica á la *Iberia*, porque como cuenta ya con un gran caudal de conocimientos prácticos en el periodismo, tanto ministerial como de oposición, nos podrá dar útiles detalles sobre la cuestión.

Todos sabemos que el R. P. Claret, confesor de la ex-reina, comía con frecuencia en palacio, y pocos ignoran que su comida predilecta eran las yerbas.

Me parece muy natural esta predilección en el reverendo padre.

Se admiran muchos de que habiéndose proclamado la *libertad de cultos* en el programa de Cádiz y habiendo declarado el Gobierno provisional que estaba dispuesto á convertir en hecho todo lo dicho en aquel documento, continúan aún cobrando sus pingües sueldos el alto y bajo clero sin que por ahora se vea en el ministerio tendencia alguna á cambiar este estado de cosas.

No puedo menos de contemplar como inocentes á los que se *admiran* de tal resultado. Esperar otra cosa es pedir peras al olmo.

Hay notabilidades femeninas tan gazmoñas como poco artistas, que después de relamerse á cada invitación y hacer una hipócrita protesta de modestia, se deciden á encantar al público que las rodea *ejecutando* una romanza en tono de *la de pato* ó *mi hemol de rana*; y aquí es de ver los apuros de los oyentes que en vano pretenden disimular su estado nervioso, y hasta los infelices que creyeron admirar un génio con mirriñaque estornudan y reniegan del arte.

Y entonces es espontánea y unánime la frase de que habló el buey, y dijo: ¡mú!

para medrar, para llegar á fijar la atención del mayor número, para reunir una suma bastante de fuerzas vivas ó una escala de cabezas por donde puedan trepar al pináculo de las posiciones.

La política es la lucha del sentimiento y del materialismo. Los ciudadanos la adoran como idea que han de traducir en hechos; los jefes de las naciones como hechos que destruyan las ideas.

La política, que es persuasión y enseñanza en el tribuno, es imposición tiránica que embrutece en el que la proclama á tiros ó la predica vestido con muchos relumbrones que quieren decir: mi lógica es de veinte mil fusiles.

El pueblo que se levanta alentado por una idea política, combate y muere como un mártir, ó vencedor se retira como un héroe. Las altas personalidades combaten, llevando por mote en su escudo la misma idea: si son vencidos nunca perecen; si vencen reciben orgullosos los victores y ayudan á tejer los laureles que han de coronarle. El mote del escudo le sustituyen con un blason heráldico.

De unos héroes á otros héroes hay la diferencia de Leónidas al conde de Ceste.



Ayer la política nos hizo grandes.

Hoy nos va guiando por el sendero de la rutina.

En este sendero aún se conservan las huellas de los opulentos carros de los cónsules pasados, humedecidas con la sangre del mártir.

Ayer el elemento popular vibraba; temblaban los infames; lloraban de emoción los bravos; oscilaban los poderes, y sin ley, sin autoridad, sin espadas ni brazos disciplinados que nos guiaran ni nos protegieran, era grande y bueno el pueblo; su nobleza era superior á su venganza.

Hoy constituimos un país monótono, árido, que tiene algo de caduco bajo su exterior recién enjalbegado, bastante de inseguro bajo las forzadas frases de alegría, y un mucho de siervo á pesar de los efluvios de libertad que, mezclada con el incienso de los aduladores, sale del supremo laboratorio político.

Ayer nos consultaban, se nos sometían con afectada humildad los que hoy nos conceden derechos que nos son muy propios; y de nuestro propio caudal de principios se nos regalan algunos, con aire de generosidad y preteusiones al reconocimiento.

Ayer se nos consultaban programas y se mendigaba nuestra confianza, que consentimos en dar en delegación. Hoy se nos declara bajo tutela y se nos pretende guiar como á menores de edad.

Hoy se nos llama ignorantes para menoscabar nuestros derechos, cuando ayer se nos reconocían en montón sin exámen ni desconfianza como á hombres maduros é inteligentes.

Hoy se nos regatea el poder, cuando ayer derrochábamos nuestra sangre y nuestra seguridad.

Hoy se nos quiere imponer un yugo á gusto de unos cuantos, cuando ayer nos hicieron sacudir otro yugo sólo porque á ellos no les cuadraba.

Hoy... hoy la política hace de las suyas, como dijimos antes.

El arma fatal quedó abandonada por los que huyeron; el pueblo no la recogió, por desprecio....

El Gobierno actual se ha encargado de blanquirla después de bruñirla de nuevo.



Ciudadano presidente del Gobierno Nacional:

con el decoro que inspira su respetabilidad,

hago presente mi cuita por si algo puedo alcanzar.

Soy una incauta doncella que cuento no poca edad,

y aunque me hallo solterona bien pudiera ser mamá. Desengaños de los hombres he sufrido sin cesar, y sus serranas partidas me parten por la mitad. Hambriento, el hombre me mira, y como si fuera un pan diz que levanta en su pecho para mi culto un altar; yo, que soy mujer... y frágil.

Le concedo mi amistad, y en mi nombre llega á ser ó ministro ó general, y entonces en vano imploro, en vano con terco afán á su gratitud apelo, que aquel su amor ideal trocando en desden amargo ni una esperanza me dá.

General; tú, que olvidando á veces nuestra amistad ya querías fusilarme en nombre del sólo real, ya en ocasión has tomado mi nombre para alentar al pueblo, que es, bien lo sabes, mi platónico galán,

por derribar ese trono que fué para tí un altar; hoy que al público me sacas, ten en cuenta mi orfandad

y no me des pasaporte, que estoy escamada ya, al veros á los de Cádiz pensando sólo en tragar; en zurcir un régio manto; en echaros hácia atrás en poner gesto ceñudo á la hueste liberal;

en proteger á la gente de bonete y balandran, y en transigir con el Papa, que es papa piramidal. Dile á Olózaga el patriarca que haga por dejarme en paz y se vaya al polo norte donde los osos están, para que les rece *salves* y los enseñe á llorar, que aquí ciertos equilibrios fuera del circo están mal.

No con leyes me sofoques, ni les des autoridad, á esos *reyes* de comparsa que mandan en Ultramar, pues si á fusilar empiezan en mi nombre... ¡ya verás!

Tal vez sordo á mis clamores ó indiferente, quizá de vana gloria embriagado sigues tu marcha triunfal.... no es raro, *quien hizo un cesto* ciento ó más cestos hará.

Mimbres tienes (soldaditos) tiempo de sobra tendrás.... la cuestión... es la cuestión... y tal vez hago muy mal en molestarte con ruegos que lo que ha de ser.... será.

Adios, pues, y no te apures; y sin ofrecerse más.... dá un besito al presupuesto, y siempre es tuya leal, la que en Cádiz abrazaste, como amiga:

LIBERTAD.



Igual por la elocuencia á Galiano es ese hombre que veis lleno de flema; ¡abajo los Borbones! fué su lema, y el pueblo le ayudó contra el tirano.

Adivinar pretendo, pero en vano, porque es hoy con la Iglesia todo crema, pues esto me parece una pamema

digna de un diplomático ya cano.

Ayer contra la Sor y contra Roma, gastaba su elocuencia en el Congreso, mostrándonos las ruinas de Sodoma;

Hoy defiende á los neos con esceso: ¡decidme, vive Dios, si aquí no asoma la oreja... y algo más del retroceso?



¡Lo que hace el tiempo!

Cuando en las Cortes Constituyentes se puso á votación la forma de gobierno que convenía á España, hubo algunos señores diputados que votaron por la república; entre ellos estaba D. Nicolás María Rivero. Hoy que se ha expulsado una dinastía, y que dicho señor es Alcalde popular (¡¡ !!) de Madrid, ha suscrito un manifiesto en el que se hacen los más fervientes votos por la monarquía como forma de gobierno conveniente para los españoles.

¡Después de esto, crea V. en la resurrección de la carne, la vida perdurable y la infalibilidad del Papa, ó en los manifiestos de las entidades políticas de nuestro país!



Mi particular amigo Salmeron (D. Nicolás) pronunció un magnífico discurso, ininteligible para la inmensa mayoría de las personas á quien se dirigía, en la primera reunión democrática que se celebró en el circo de Rivas.

Me han asegurado que, admirados algunos amigos suyos de la sublimidad de los conceptos emitidos por el Sr. Salmeron (D. Nicolás), le dijeron:

¡Metafísico estás!

Es que no soy ministro, contestó Salmeron (D. Nicolás).



El capitán general de los ejércitos D. Juan Prim, ministro de la Guerra, recomienda á todos los jefes y oficiales del ejército, que tengan subordinación y respeto á las ordenanzas militares.

De suponer es que esto no lo diga en serio el señor ministro, porque entonces sería preciso que diera el ejemplo mandándose fusilar, y sería una inmensa desgracia para el país la pérdida de tan ilustre caudillo.



Hablando del gobierno provisional la simpática *Iberia*, decía el otro día: Napoleón I no supo hacer tanto; Washington no hizo más.

Tiene razón la *Iberia*: Napoleón I, no supo ó no quiso acaparar todo el poder á las primeras de cambio; Washington se retiró á la vida privada después de emancipar á su país, lo cual es bastante ménos que ser ministro.



En tiempos no muy remotos existían en nuestro país numerosas asociaciones voluntarias de hombres reglamentados, ocupando magníficos edificios costeados por el Estado ó adquiridos de limosna: su principal misión era consumir una considerable parte del trabajo de los españoles, que con más ó menos humildad pedía. A estos asociados se les llamaba frailes.

Se apercibió el país de que, si bien no tomaban nada sin pedirlo antes, y á pesar de su *inofensividad* material, cada día era más penosa para el español no asociado, la producción del trabajo necesario para la alimentación de su familia, por la falta de brazos. Y en un momento de *inspiración* destruyó aquellos ricos focos de la pobreza pública.

Hoy existe una asociación numerosa y no voluntaria de hombres reglamentados, que ocupa numerosos y magníficos edificios costeados por el Estado; su principal misión es consumir la mayor parte del trabajo de los españoles, cuyo producto con más ó ménos osadía se toma, y matar en buena ó mala lid á todo ciudadano que se queje de tan pesada carga, en otra forma que la aceptada por esta asociación, que se llama ejército.

¿Necesitará el país de una nueva *inspiración*?



Acabo de recibir un papelito que dice:

«Españoles: Por plebiscito debemos constituir inmediatamente Gobierno, sin necesidad de recurrir á un golpe de Estado, tan inevitable ya como doloroso, votando para cubrir la vacante al trono al Excmo. Sr. D. Juan Prim y Prats, con el título de *Juan I, emperador*.»

Eso es poco; que le no abren también Papa, con tal que establezcan la silla pontifical en Timbuctú

Dice *El Pueblo*, periódico:

«Debemos declarar que no merece nuestra aprobación la conducta de nuestros amigos políticos que se empeñan en prescindir y negar el título de democrata á los Sres. Rivero, Martos y Becerra....»

Esta declaración debe llenarnos de confusión, al vernos privados de la aprobación del periódico *soit dissant* democrático.

Por lo demás, á los dichos señores no se les debe negar ningún título. Estamos conformes.

El matemático señor Becerra se ha pasado al partido monárquico. Siempre he creído que era perjudicial el calcular mucho.

El abogado señor Martos también es monárquico; fué á defender la monarquía al circo de Madrid, y viendo que perdía el pleito marchó á otra parte con la.... monarquía.

Así me gusta; las situaciones claras.

No vayamos á elegir diputados realistas creyéndolos republicanos.

El señor Rivero, ¡ah! el señor Rivero es el alcalde *popular*.... según sus bandós.

También monárquico. Conforme.

¡Pero popular! ¿por qué popular?

Acabo de ver un cartelito dirigido á los liberales, en que se formula claramente el deseo de una monarquía vitalicia, con protesta de abstenerse de votar en caso de no *pronunciarse* la reunión de alabarderos nacionales que firmaron el manifiesto, por dicha fórmula.

Estoy conforme con la idea de monarquía vitalicia, con tal que se nombre rey á cualquier caballero particular ó general, de quien se pruebe que está *in articulo mortis*.

Los funerales de un rey son siempre un motivo de regocijo para un pueblo, á quien no se deben escasear tan edificantes espectáculos.

La clase militar está exenta del pago del nuevo impuesto.

Esto, que á primera vista parece una anomalía, puede explicarse de una manera no muy satisfactoria para los militares.

Es así que el impuesto se cobra por *cada cabeza*; la exención de su pago implica la falta de *cabeza*....

¡Bah! en compensación se puede tener un sable.

El derecho de no pagar da á los individuos del ejército el derecho de votar.

Este derecho es un torcido que se explica en la circular del ministro de la Guerra.

Los militares no pueden asociarse ni hablar de política.

Y es muy natural; su deber es fusilar á los que se subleven, y monopolizar el derecho de sublevación.

Con el derecho de votar concedido por el Sufragio universal á los militares, el dicho Sufragio puede producir grandes resultados.

Negado el derecho de reunión para ellos, les queda el *comité cuartelero*.

Allí el jefe reúne al batallón, y dice:

«¡Oficiales y soldados! Hay que votar por nuestro amado ministro, ó nuestro simpático Ca-

pitán general, ó nuestro querido gobernador.... Vuestra libérrima opinión puede pronunciarse (sin armas) según vuestro deseo individual entre estos tres.—En nombre de la disciplina ¡a votar.... media vuelta! ¡arr! y ojo á la ordenanza.»

El éxito de la votación es indudable.

La cuestión monárquica está sobre el tapete.

El pueblo se escama; el Gobierno se reserva; los amantes de la revolución peroran, y los pseudo-demócratas pastelean al borde del comedero.

Prim escribe, *en confianza*, al director de un periódico francés, que el *bello ideal* del país es la monarquía....

El país se entera de la confidencial carta y se admira de ver formulado un bello ideal que no ha soñado como bello ni como ideal.

Desde que el Sr. Gonzalez (1) espresó gráficamente el bello ideal del pueblo, ideal que dicho señor estuvo á pique de realizar, el país no tiene otra idea que la de vivir bien y barato.

Ahora bien, si por un exceso de refinamiento los *gobernantes* se quieren permitir el lujo de una monarquía, bien pueden pagársela, que tengo para mí que los reyes han de andar baratitos y habrán de encontrarlos á menos precio que los conspiradores.

¡Oh grandes hombres, los del actual gobierno popular!

¡Cómo espresais claramente vuestro instinto liberal, vuestro amor platónico al país emancipado, aunque á veces mostreis algún resabio aristocrático, ó se os vea cabizbajos por no tener manos que besar, ni imágenes de carne plateada y dorada ante quienes doblar las rodillas!

¡Qué lástima es que las piernas y la cintura pierdan su habitual elasticidad, en el monótono papel de caudillos de un pueblo y no se ejerciten en la digna actitud del hombre que adora á otro hombre!

—D. Nicomedes, hágame Vd. el favor de ver si trae la *Gaceta* oficial de Madrid mi nombramiento para una embajada.

—Hombre, lo que es en la *Gaceta* no encuentro otra cosa que los discursos pronunciados por los que formaron la manifestación *nacional*.... (!!!) del día 15. ¡Qué quiere Vd!! La *Gaceta* es no solo el órgano oficial del Gobierno, sino el organillo de sus alabarderos.

Los periódicos ministeriales y los hombres de la situación no pierden ocasión de predicar en todos los tonos y en todas las formas inventadas por la oratoria, orden, unidad, olvido y especialmente, patriotismo y desprendimiento á fin de prestar al Gobierno provisional la fuerza moral de que tanta necesidad tiene, y sobre todo, el dinero que hoy necesita, entre otras cosas para cobrarse los sueldos de los destinos que como buenos amigos se han repartido.

Después de esto muy habieca ha de ser el que no distinga en nuestro país dos patriotismos completamente distintos, á saber: el de cobrar y el de pagar.

¿Por qué los patrioterios ministeriales no nos dan el ejemplo sirviendo al país gratis, elevándose con esta conducta casi á la altura del pueblo que le sirve pagando?

Recomiendo á los españoles el fondo y forma de la emisión del empréstito de 2.000 millones para que después de bien meditado el asunto se suscriban á tambor batiente por la mitad de sus fortunas.

Digo por la mitad, porque con el resto de seguro se suscribirán á otro que voy á emitir dando en garantía el reino de los ciclos.

(1). El bravo, por mal nombre.

Cuanto más medito sobre el manifiesto del Gobierno provisional y los discursos pronunciados por los oradores de la reunión magna (¡¡ !!) del gran partido (sí señor, partido) liberal, más intensidad toma en mi mente el recuerdo de la compañía imperial japonesa que trabajaba en el circo de Rivas.

Y es el caso que no puedo leer los citados discursos y manifiesto sin crearme trasportado á dicho circo en el momento del sorprendente ejercicio llamado *banbu aéreo*.

Sin duda es debido este efecto á la semejanza que existe entre la armonía situacionera y la de la orquesta japonesa.

¿Qué pasa en la provincia de Badajoz?

La respuesta la hallarán Vds. en un impreso colocado al público en todas las esquinas de Madrid.

Lo que pasa es sencillo: el elemento autoritario y absurdo se levanta tolerado si nó patrocinado por el Gobernador de la provincia.

Los medios son el atropello y la imposición. Los fines, el monopolio del mando y de la influencia oficial para producir candidaturas *convenientes*.

La máscara será el sufragio universal.

A juzgar por esta muestra, la representación genuina y directa del país está asegurada.

Los firmantes ex-demócratas del manifiesto monárquico, dicen representar á su partido.

La audacia ó el orgullo de ciertos hombres al creerse resumen viviente de todo un partido, me recuerda el dicho de aquel rey de Francia:

*El Estado soy yo.*

Como se vé hay pretendidos tribunos populares que no se desdennan de parodiar mezquinamente al monarca más funesto.

LA PÍLDORA, que abriga la esperanza de ser ministerial alguna vez, y como ser ministerial sin subvención se tiene por muchos españoles como una inocentada, rogamos á la patriótica *Iberia* nos diga si con 80.000 duros anuales estaría bien pagada nuestra adhesión al ministerio.

Acudimos con esta súplica á la *Iberia*, porque como cuenta ya con un gran caudal de conocimientos prácticos en el periodismo, tanto ministerial como de oposición, nos podrá dar útiles detalles sobre la cuestión.

Todos sabemos que el R. P. Claret, confesor de la ex-reina, comía con frecuencia en palacio, y pocos ignoran que su comida predilecta eran las yerbas.

Me parece muy natural esta predilección en el reverendo *padre*.

Se admiran muchos de que habiéndose proclamado la *libertad de cultos* en el programa de Cádiz y habiendo declarado el Gobierno provisional que estaba dispuesto á convertir en hecho todo lo dicho en aquel documento, continúan aún cobrando sus pingües sueldos el alto y bajo clero sin que por ahora se vea en el ministerio tendencia alguna á cambiar este estado de cosas.

No puedo menos de contemplar como inocentes á los que se *admiran* de tal resultado. Esperar otra cosa es pedir peras al olmo.

Hay notabilidades femeninas tan gazmoñas como poco artistas, que después de relamerse á cada invitación y hacer una hipócrita protesta de modestia, se deciden á encantar al público que las rodea *ejecutando* una romanza en tono de *la de pato* ó *mi bemo de rana*; y aquí es de ver los apuros de los oyentes que en vano pretenden disimular su estado nervioso, y hasta los infelices que creyeron admirar un genio con mirriñaque estornudan y reniegan del arte.

Y entonces es espontánea y unánime la frase de que habló el buey, y dijo: ¡mú!

Llegó D. Salustiano, bueno, gordo, frescote, demostrando con su oronda efigie, que su robusta naturaleza había luchado victoriosamente con los rigores del negro pan de la emigración.

D. Salustiano, vino después de haber sido buscado y rebuscado ¡tanto! que el buen patricio, no pudo menos de decirse: voy allá, que no sabrán qué hacerse sin mí; y después de este rasgo de abnegación, anunciado por los carteles como Blondin ó Herman, entró en Madrid como santo de rogativa, en medio de las lágrimas del cielo, que lloraba chorro á chorro, y el entusiasmo de unos espectadores que nunca faltan para gozar de la vista de un hombre tan célebre entre los hombres, como Pizarro (el elefante) entre los proboscídeos.

Y habló... y enseguida me creí presenciar el fiasco de una artista casera.

A última hora sigue haciendo las delicias del público el coro ministerial *Una limosnita por amor de Dios*, letra del Sr. Figuerola y música... celestial.

El segundo número de *La Gorda* ha hecho fiasco.

El Gobierno cumple fiel á lo manifestado en la circular suscrita por el Sr. Ayala, uno de cuyos párrafos dice:

«La revolución actual, que se ha captado las simpatías de propios y extraños por su templanza y su espíritu justiciero, no aplicará á las provincias de Ultramar medida alguna violenta ni atropellará derechos adquiridos al amparo de las leyes: no dará tampoco nueva sanción á inveterados abusos ni á manifestas transgresiones de la ley natural.»

Por noticias oficiales se sabe que han fusilado á cuatro españoles, y se prepara una expedición de cuatro mil hombres para administrarles pacíficamente el pan espiritual de la libertad.

Las consideraciones histórico-retrospectivas, aunque de actualidad, enseñan más que todo un tratado de filosofía ó un discurso patriótico-moralizador, siquiera sea Olózaga el que se encargue del papel de organillo de la verdad.

El liberal Gobierno que nos rige, en su manifiesto á la Nación, en un momento de olvido patriótico, declara lo siguiente:

«No teme en manera alguna el Gobierno provisional que España ofrezca el lamentable espectáculo de un pueblo lleno de vigor para reivindicar sus derechos é inhábil para ejercerlos con acierto, como cumple á la majestad de su historia. La nación que más de una vez se ha encontrado de improviso dueña de sí misma, á consecuencia del abandono de monarcas débiles ú obcecados, y ha sabido por un esfuerzo de su voluntad inquebrantable en medio de la confusión pavorosa de catástrofes inesperadas, conservar su dignidad, salvar su independencia, organizarse y reconstituirse, no es fácil, ni probable siquiera, que marche torpe y desconcertadamente por el camino de su regeneración, ahora que, con entero conocimiento de causa y no por sorpresa, ha entrado en el pleno goce de su indisputable soberanía.»

Esto es claro como la luz del sol; el Gobierno mismo con todas sus tendencias no puede contener el impulso de su convicción.

Ahora bien, ¿quién es el señor Olózaga para definir como casuista supremo la fórmula que conviene al pueblo, descrita en las líneas anteriores del *Manifiesto*?

¿Quién le habrá pedido parecer al rezador de salves, al *barba* político de la comedia social?

¿En virtud de qué otros derechos que los individuales hace las públicas declaraciones que todos hemos oído?

Y nos tasa. ó pretende tasar la libertad de cultos.

Y puesto al frente de los alabarderos ministeriales que formaron la magnífica (!), la asombrosa (!!), la imponente manifestación (!!!) del

domingo anterior, nos dice que es imposible la solución republicana en este país, donde la quinta parte de sus habitantes no saben leer?

Vóyme creyendo que el Rdo. patriarca nos tiene no solamente por ignorantes sino por estúpidos.

No se comprende de otra manera la audacia de exclamar después de la anterior calificación de ignorancia,—de la que él y otros santones tienen la culpa—:

—Por eso tonos han aceptado la monarquía. Y en su pobre criterio, al ver agruparse en torno de la bandera ministerial coronada por un panecillo, á unos cuantos apóstatas de la democracia, cree poder impunemente imponer sus ideas.

Y el partido republicano, al menos una gran representación de él, dá un *mentis* merecido al hombre que cree al país muy pequeño para tribunos de su talla, y mide su prestigio popular con pedantesca pretensión.

Véanse algunos párrafos del manifiesto del comité republicano:

«Sean cualesquiera las descomposiciones y recomposiciones que los nuevos hechos traigan al partido democrático; sean cualesquiera los servicios, que nosotros conocemos en aquellos de nuestros antiguos correligionarios, por tantos títulos ilustres, que, obedeciendo á errores gravísimos, aunque excusables por la nobleza de sus móviles, han pactado con partidos diversos y opuestos al nuestro, no es una coalición en la esfera de los hechos y de la conducta que podría justificarse por lo supremo de las circunstancias y lo grave de los peligros, sino una coalición de principios absurda, imposible, cuya nulidad demostraran bien pronto crueles y mercedos desengaños; sean cualesquiera las fuerzas de descomposición, que nosotros declaramos grandes, la importancia de los que en este momento nos han abandonado, importancia excepcional, porque son los más elocuentes, los más ilustres, los más fuertes, los más queridos y respetados de todos; eso no importa nada cuando algunos, siquiera sean los más débiles y oscuros, se quedan con los principios; porque no hay ningún hombre por grande, ninguno por fuerte, que tenga la estatura y la fuerza de una polea.

«Y la idea capital de nuestro partido; aquella que resume todos nuestros principios; aquella que contiene todas nuestras reformas; la que grabamos en las Cortes Constituyentes sobre el trono, entonces poderoso de Isabel II, hasta obligarlo á derrumbarse bajo su peso; la que sostuvimos en la prensa desafiando la recelosa censura de los fiscales y el látigo de los tiranos hasta lograr la absoluta libertad de la palabra; esa idea, que bien pronto hemos de ver aclamada por todos los españoles, como la única salvación de su independencia, es la idea de república.

«Si, la república es la forma esencial de la democracia, como el cuerpo humano es la forma esencial de nuestra vida, como la palabra humana es la forma esencial del pensamiento. Pudo en otro tiempo, pudo en otras condiciones históricas, pudo la república contagiarse con el feudalismo como se contagia la sangre con el aire apesadado; pero hoy, después del advenimiento del pueblo y de su alianza con la libertad, hoy en América y en Europa sólo existe la democracia donde existe la república, y sólo se llaman partidos democráticos los partidos republicanos.

«La monarquía es una institución de tal manera injusta, absurda, que donde existe, es para conservar algún privilegio, para sostener alguna iniquidad. Existe en Inglaterra para conservar la más insolente de las aristocracias y la más orgullosas de las iglesias; en Portugal para subordinarlo á Inglaterra; en Bélgica para subordinarla á Francia; en Grecia para subordinarla á Rusia; en el Brasil, en las riberas del Nuevo Mundo, limpias de reyes, para sostener la infamia de la esclavitud y los crímenes de los negreros. Si hay algún país en el mundo que, llamándose república, guarde el bárbaro comunismo monástico de los siglos medios; si hay algún país, como el Paraguay, donde las libertades no hayan penetrado á través de las instituciones republicanas, la causa está en que ese país toma un nombre usurpado y guarda la base de la monarquía, su esencia; la incomprendible, la viciosa vinculación del poder supremo en una familia, que impone sus privilegios, como una marca deshonrosa, de generación en generación, y trasmite la sombra de sus errores, como una herencia funesta, de siglo en siglo.

«Pero nosotros, españoles, nosotros hemos derribado todos los privilegios, y nada tenemos que temer ni nada que esperar de la diplomacia europea. Nosotros hemos consumido este siglo, todo este siglo, en esfuerzos titánicos para derribar la monarquía. Tendiendo la vista por el largo martirologio de la libertad, recordando los

nombres gloriosos de Lacy, de Riego, de Torrijos, de Zurbano, de Cámara, se descubre que sus verdugos fueron los reyes. Subiendo con el pensamiento á las épocas en que ganamos la libertad para perderla en seguida, se aprende que la ganamos siempre por el esfuerzo del pueblo y del ejército reunidos, y la perdimos siempre por las maquinaciones de los palacios conjurados contra nuestros derechos.

«El nuevo monarca que busquemos de rodillas por el mundo, el nuevo monarca, enjendro raquítico de una diplomacia, enemiga en todas partes de la revolución, no nos deberá lo que nos debió Fernando VII, seis años de guerra con el extranjero; no nos deberá lo que nos debió Isabel II, siete años de guerra civil; no nos deberá los esfuerzos, los sacrificios que los otros reyes constitucionales nos debieron, y por consiguiente, se creará menos ligado aún que ellos á respetar nuestros derechos, tomándonos por los más desgraciados de todos los esclavos, por esclavos voluntarios, que apenas han conseguido su libertad, cuando la han abdicado á las plantas de un rey, y para mayor ignominia, de un rey extranjero.

«Los españoles todos, sin distinción de escuelas y partidos, saben que la solución que menos seguramente nos divide, la que más nos fortalece, la que conserva nuestra antigua independencia es la república; si, la república que nos impedirá, después de tres siglos de extrañas dominaciones y extranjeras dinastías, ver este país de Daoiz y Velarde, este país de Bailén y Talavera, este país de Gerona y Zaragoza, el modelo de pueblos independientes, el salvador de las nacionalidades libres, cayendo más bajo que Grecia y que Rumania en manos de la diplomacia europea, que se disuelve, como se disuelven todos los cadáveres, al contacto del aire y de la luz de nuestro siglo.»

Soldaditos desleales  
tomarás,  
y unos cuantos generales  
les darás.  
Contra el pícaro despótico  
á los tales alzarás,  
y tendrás....  
un Gobierno... tan patriótico  
como todos los demás.

En Roma corren rumores  
de la quiebra de San Pedro,  
debida á que desde España  
ya no le mandan dinero.

Tengo reyecito en puerta,  
empréstito de dos mil  
y un concilio de arzobispos ..  
Ahora sí que soy feliz.

Papeles son papeles,  
cartas son cartas;  
programas españoles  
todos son guasa.

Figuerola es un gran hacendista; y en ménos tiempo del que se necesita para firmar una nómina, verá V. cómo hace de España una nueva Jauja, donde el dinero nos agobie á los españoles con su peso, y nos empalague por su abundancia: figúrese V. lo que puede hacer un hombre que en un dos por tres concibe la emisión de un empréstito, algo carito, eso sí; lo publica y lo cubre.  
Con un velo ¿eh?

## LA PÍLDORA.

MEDICINA NACIONAL

PROPINADA AL PÚBLICO.

SE ADMINISTRA SEMANALMENTE.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Un mes, en Madrid. . . . . 4 rs.  
Idem en provincias. . . . . 6

Se admiten suscripciones en las principales librerías.

MADRID —1868.

Imp. de D. F. Hernandez, Dos Hermanas, 19.